

ANTIGUAS Y NUEVAS FORMAS DE EXCLUSIÓN: DESAFÍOS A LA VIRTUD INCLUYENTE DEL EVANGELIO

José Reyes

Formar parte de colectividades dotadas de identidad nos introduce en la dinámica de inclusión-exclusión. La identidad es afirmación de rasgos que unen a los iguales, pero que diferencian de los desiguales, refuerza vínculos con unos al mismo tiempo que establece fronteras con otros. Un desafío para los cristianos es el de forjar una identidad que siendo sustancial, pueda universalizarse e incluir a todos gracias a nuestra igual condición de hijos de Dios y hermanos en Cristo. Ello pide dejar atrás las instituciones, políticas y prácticas que en las comunidades grandes y pequeñas implican considerar a algunos como “manzanas podridas” respecto de identidades cuya realización se procura normalmente a través de la dureza de la disciplina. Por el contrario, el autor propone como criterio que mientras mayor sea el error respecto de lo que se estima correcto, mayor sea el abrazo que reintegra a la comunidad a quien se percibe como alejado de ella. Ello precisa de la sociedad que aquellos colocados en los márgenes sean destinatarios de una atención especial y preferente, y no simplemente igual que los demás, privilegiando los factores de protección y resiliencia dirigidos a quienes son más vulnerables y segregados. Ello sería consistente con la inspiración evangélica que favorece la compasión antes que la dureza del juicio, y que en la crucifixión de Jesús muestra cómo optar por tomar el lugar de la exclusión y así tomar partido por todos los excluidos.

El Reino de los Cielos se parece también a una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces Mt 13, 47

INTRODUCCION

Todos tenemos experiencia de sentirnos “incluidos” y de sentirnos “excluidos”. Esto tiene que ver con nuestra pertenencia afectiva y efectiva a grupos, instituciones u otros referentes sociales.

La experiencia incluye tanto el nivel “micro” (por ejemplo, la familia, el vecindario, el grupo de pares más inmediato, la comunidad particular, la escuela a la que se asiste) como el nivel “macro” (ya sea el sistema educativo en general, otros servicios públicos, la sociedad, o la Iglesia).

El fenómeno de la inclusión–exclusión sugiere la existencia de tres zonas: una zona interior (claramente dentro), una zona exterior (claramente fuera) y una frontera, más o menos difusa. Aplicado a problemas topológicos o a intervalos numéricos, las cosas pueden quedar bien definidas. Pero, tratándose de grupos y fenómenos sociales, el asunto se complica. Más aún cuando la inclusión o la exclusión no son siempre derivados de la

voluntad de cada individuo, sino de complejos procesos sociales que pueden marginar al que desea ser incluido (por ejemplo, el desempleo), o incluir al que desea ser marginal (por ejemplo, el servicio militar en sus formas clásicas).

El fenómeno puede ser tratado con profundidad desde diversas disciplinas, y con distintos propósitos. La sociología, la economía, las ciencias políticas, la educación, la eclesiología, la psicología, la medicina, todas están interesadas en el asunto. Considérese por ejemplo que uno de los aportes más importantes en este sentido proviene del mundo de la discapacidad, cuyos reclamos y propuestas han producido cambios en aspectos tan dispares como la arquitectura, la legislación laboral, o los medios de comunicación. También puede mencionarse que muchos progresos en la pedagogía y en la psicología, que han llegado a afectar todo el sistema educacional y sus relaciones con la sociedad, provienen del mundo de la así llamada “Educación extraescolar”, o de los cuestionamientos y retos planteados desde “los que no aprenden”. Es un hecho que cuando aceptamos que debemos desarrollar un sistema educacional inclusivo y masivo, se desencadena un proceso creativo de generación de conocimiento y estructuras nuevas.

Lo mismo ocurre en otros ámbitos, como el empleo, la salud, la vivienda, la recreación, o los servicios, por mencionar algunos.

A muchos les cuesta ver y aceptar todo lo positivo de la sociedad actual y sus dificultades, precisamente porque no han incorporado en su reflexión este fenómeno que aquí nos ocupa.

Mirar el mundo desde el fenómeno de la inclusión–exclusión no puede llevarnos sino a progresar.

Aunque en la sociedad, y en las instituciones, siempre hay un movimiento hacia la exclusión de algunos, tenemos que reconocer que la exclusión nos resulta cada vez más chocante, y que en la sociedad hay algunos procesos que tienden deliberadamente a una mayor inclusión. Es importante, sin embargo, reconocer las formas más veladas o sutiles de exclusión, pues muchas veces no se trata de un movimiento deseado o deliberado, y sin embargo se produce de todos modos en forma más o menos abierta o encubierta. En nuestra visión cristiana, lo que buscamos es apostar por los procesos de integración, por simple derivación de nuestra fe que nos dice que todos somos hermanos, es decir, por nuestra valoración de la fraternidad. Creemos que en el Evangelio hay una virtud incluyente e integradora que puede ayudarnos a comprender y a actuar.

INCLUSION, ATOMIZACION Y MARGINACION

Una cierta renuncia a una autonomía personal *a ultranza* es, finalmente, una necesidad humana.

Buscamos identidades compartidas porque no deseamos la atomización, el desamparo o la exclusión, porque nos sentimos irremediabilmente vinculados unos con otros. La identidad compartida genera una comunidad humana que quisiera ser amplia e inclusiva. Así por ejemplo, la identidad compartida de “Hijos de Dios” podría generar una fraternidad universal, que incluyera a todos los seres humanos. O la nacionalidad, la identidad “chilena”, quisiera ser también amplia e incluir a todos los hombres y mujeres nacidos en este suelo y en esta cultura.

“El desafío en este plano, entonces, radica en forjar identidades colectivas concretas pero incluyentes, universalizables”¹. No obstante, sabemos que estos amplios referentes tienen problemas por la existencia de grandes diferencias en su seno, y sobre todo por la gestión que hacen de ellas. Por un lado, no todos los hijos de Dios, no todos los chilenos, se sienten de verdad acogidos, protegidos y valorados en la fraternidad universal o en su país (dimensión subjetiva).

Por otro lado, hay evidencias de que no basta con compartir una identidad abstracta, general, si ésta no puede verificarse como *compartida* en lo cotidiano y en lo concreto (dimensión objetiva).

En ambas dimensiones hay un movimiento que margina, aun sin quererlo. Para proteger la identidad compartida, ante la que todas las personas son teóricamente iguales, la sociedad y los grupos terminan por establecer círculos concéntricos de pertenencia o participación. Al centro, en el primer círculo, se instala la autoridad, el poder y la verdad. Hacia fuera, en sucesivos círculos, se instala lo diferente, lo débil, el error, lo vulnerable y lo vulnerado. Cambiar esta mirada es un gran reto, que probablemente exija desarrollar o construir nuevas formas de democracia y participación, nuevos modelos de análisis de los problemas, nuevas actitudes personales, sociales y eclesiales.

Ante la insatisfacción o el fracaso objetivo que experimentan las personas frente a los grandes referentes, ante ese movimiento que los tiende a marginar, ante los hechos objetivos que los ponen “al margen” o “afuera”, las personas buscan otros diversos modos de vincularse en referentes más pequeños. Surgen así grupos con definiciones identitarias muy fuertes, que terminan por generar un gran sentimiento de pertenencia o inclusión para unos pocos, al tiempo que generan exclusión y oposición para otros muchos. Estamos ante el fenómeno de la atomización, que trae consigo el de la segregación. Mientras más pequeño es un grupo o referente social, mientras mejor definida está su identidad, parece ser que es más fácil dejar en claro quién queda dentro y quien queda fuera. El grupo tiende a ser inaccesible para muchos, pequeño y excluyente. El fortalecimiento de la propia identidad lleva muchas veces a definirse por el contraste con otros grupos, acentuando las propias regulaciones internas, los propios códigos, ritos y prácticas, en abierto contraste con los códigos y ritos del “centro”, aunque de la misma naturaleza. Por ejemplo, afirmaciones o normas del tipo: “se debe entrar con chaqueta y corbata”, o “se deben ajustar los pantalones debajo de las caderas, mostrando parte de los calzoncillos boxer”, son de la misma naturaleza, pero una pertenece al “centro” y la otra a “la zona de frontera o marginal”. Ambos grupos están segregados, y difícilmente dialogarán entre ellos en igualdad de condiciones. Más aún: se perciben recíprocamente como amenazantes, y seguramente buscarán evitarse o ignorarse. Los “enchaquetados” verán en los otros a eventuales delincuentes que pueden agredirlos o robarles, mientras que los “pantalonudos” verán a los otros como quienes detentan el poder y los bienes que a ellos les son negados. Ambos se excluyen mutuamente, pero respecto de la sociedad idealizada o normada, unos son más marginales que otros.

¹ Diego García, “La virtud incluyente e integradora del Evangelio”, en Samuel Yañez y Diego García (editores), *El Porvenir de los Católicos Latinoamericanos*, Centro Teológico Manuel Larraín, 2006.

AUTORIDAD Y EXCLUSION

Muchas de estas dificultades tienden a resolverse mediante un ejercicio extremo de la autoridad.

Recordemos por ejemplo la exclusión por decreto, como se practicó en Chile mediante el exilio, las relegaciones o incluso la supresión de la nacionalidad. Algo que hoy nos parece impensable, fue tolerado y aun pedido por muchos. En distintas formas menos dramáticas o extremas, muchos piden hoy lo mismo, a veces atormentados por las dificultades, pero no siempre con un gran nivel de reflexión o responsabilidad social. El tema es complejo, porque la autoridad debe existir y debe ejercerse, y la sociedad tiene derecho a defenderse, pero siempre valorando la diversidad y ponderando las preguntas que desde ella se plantean a las formas de orden y organización que se han adoptado, al tipo de sociedad y de democracia que practicamos, al modelo de desarrollo que concebimos y promovemos. Hay que cuidarse de un modelo normativo en el cual la verdad, la autoridad y la seguridad coinciden en el mismo grupo de personas, mientras que en otra parte se dan cita el error, el desorden y el peligro.

Para ilustrar con ejemplos, traigo aquí mi experiencia como director de un colegio. Recuerdo que siempre tenía presiones desde dentro, es decir desde los mismos apoderados y desde los profesores, para “sacar las manzanas podridas del cajón”, es decir, para expulsar a los estudiantes más problemáticos del colegio. Los problemas no eran fáciles, y reconozco que en unos pocos casos procedí a la expulsión de algún alumno, aunque nunca en la proporción de lo que se me pedía. Sin embargo, hice esfuerzos por desechar el modelo de las manzanas podridas, porque los niños no son manzanas, algunas de las cuales se pueden tirar al basural para poder vender las otras lo mejor posible. Además, un colegio no puede ser un cajón rígido que contenga sólo manzanas, y todas bonitas. Es decir, aunque en alguna ocasión accedí a expulsar algún alumno, me resistí siempre a adoptar un modelo de escuela, de belleza, de sociedad, de educación, que me parecía injusto, o al menos simplista. El niño que sale expulsado de un colegio va a otro... ¡donde probablemente hay otros niños expulsados de otros colegios! Esto constituye una verdadera amenaza para la sociedad, y he llegado a convencerme que el mejor pronóstico para ese niño, y para toda la sociedad, es que el niño permanezca en un ambiente plural, con modelos distintos, y no que se vaya a reunir con sus iguales en disrupción y conflictividad. Pero, para esto hay que cambiar el modelo o paradigma intelectual o cultural que suele predominar. Traté de buscar otro modelo para sustituir al de las manzanas, y me encontré con el del “ícono dañado” propuesto desde la teoría de la resiliencia, y que propongo al final en anexo. Es cierto que las cárceles son legítimas, y necesarias son las condenas, pero el esfuerzo y el dinero que se invierta en programas sociales y en desarrollar otro modelo de sociedad más inclusivo, redundará en menos cárceles. La mejor sociedad, la más justa y fraterna, la más segura, no es la que tiene más cárceles y más condenas.

En la vida familiar, especialmente cuando hay hijos adolescentes, también está presente el tema de la autoridad normativa y algunas formas de exclusión. El adolescente necesita límites y normas, aunque todos los que somos padres sabemos que necesita, sobre todo, acogida y afecto.

Ante sus errores, necesita sanciones y orientaciones, pero todos sabemos que necesita aún más y en primer lugar el abrazo paterno y la valoración positiva e incondicional hacia su persona.

Mientras más grave sea el error, más intenso el abrazo. Un papá me contaba que cuando su hija era pequeña solía rayar con lápices los muros blancos de la casa, y que él se enojaba mucho y la reprendía fuertemente. Cuando su hija fue grande, se embarazó a los 17 años, y él no pudo enojarse ni reprenderla... sólo atinó a llorar y a abrazarla, y a valorar la nueva vida como oportunidad y bendición, y a su hija como persona valiosa más allá de la dificultad actual.

Sabemos que otros papás por la misma razón han echado a su hija de la casa. Otro papá me contaba que como castigo usaba el excluir a algún hijo de la mesa familiar... y creo que no es mala idea, porque es importante reconocer la exclusión como posibilidad, como consecuencia de la propia libertad. Pero, ¿puede prolongarse ese castigo para siempre? ¿No es más importante el momento del reencuentro? Los cristianos sabemos que la mesa fraterna de la Eucaristía es incompatible con ciertos estados personales, pero sabemos también como volver a ella desde nuestra conciencia renovada. ¿Es legítima la exclusión definitiva de la mesa, por voluntad de la autoridad normativa? Es como decirle a un hijo: puedes venir a verme, puedes dormir en casa, puedes trabajar en la empresa familiar... ¡pero no puedes sentarte a la mesa con nosotros!

Respecto de esto, remito al anexo 2, con una reflexión de San Agustín.

Hay que considerar también que el fenómeno de la inclusión–exclusión tiene una dimensión personal, que toca la libertad de cada uno y trasciende las normas, reglamentos o prácticas sociales, con importantes componentes psico-afectivos y socio-culturales. Así por ejemplo, una persona puede sentirse excluida de un determinado grupo, aunque figure en sus registros o sea de derecho parte de él. El sentimiento de inclusión puede ser vivido como simpatía, identificación, adhesión cordial, comunión de ideales... aunque no existan aspectos formales que expresen tal relación. Asimismo, la exclusión puede ser experimentada como rechazo, irrelevancia, agobio, indiferencia, discriminación, aunque se cumpla formalmente con todos los requisitos de inclusión.

CULTURA, POLITICAS Y PRÁCTICAS INCLUSIVAS

Como el fenómeno es complejo y muchos de sus matices son opinables y discutibles, es importante distinguir y comprender algunos niveles en los que se manifiesta. Los ejemplos recién comentados nos pueden ayudar a distinguir por lo menos tres niveles: el de la **cultura** inclusiva o excluyente, el de las **políticas** inclusivas o excluyentes, y el de las **prácticas** inclusivas o excluyentes².

El nivel de la **cultura** tiene que ver con los modos más profundos de pensar y de relacionarse, con los modelos o paradigmas que alimentan nuestros razonamientos y decisiones. Por ejemplo, las manzanas podridas o los iconos dañados; o esa coincidencia

² En esta parte adopto con libertad y extrapolo el planteamiento de Tony Booth y Mel Ainscow, *Índice de Inclusión – Desarrollando el aprendizaje y la participación en las escuelas*,. Centre for Studies on Inclusive Education, CSIE, Bristol UK, 2000, 129 pp.

entre el centro, la verdad y la autoridad. También en este nivel de la cultura han de situarse fuerzas excluyentes de raíces históricas tan antiguas como el machismo, el racismo, el clasismo y otros fenómenos que en forma más o menos consciente informan nuestras relaciones sociales. En este sentido, el desafío de crear una cultura inclusiva se relaciona con la creación de una comunidad segura, acogedora, colaboradora y estimulante, en la que cada persona se sienta valorada. Esto se manifiesta en el desarrollo de valores compartidos por todos los actores sociales, que se transmiten a las nuevas generaciones y se recuerdan a todos por distintos medios. Se trata de afectar los modos de pensar, los prejuicios, los estilos predominantes de relación, los valores expresados o implícitos, las costumbres o hábitos discriminatorios, incluso el lenguaje utilizado. En materia de valores, se trata de revisar asuntos tales como la excesiva competitividad por sobre la colaboración, o de fomentar la acogida de las diferencias por sobre la autoafirmación de un grupo, o de promover una visión menos estigmatizada del error y del que yerra.

Las *políticas* inclusivas tienen que ver con la organización de la sociedad y de las instituciones en función de una mayor integración e inclusión de las diferencias, con particular preocupación por los más débiles y desprotegidos, de los más aislados o rechazados. Se trata de que efectivamente la inclusión esté en el centro de la preocupación social, y de compensar con políticas inclusivas los sesgos de una cultura excluyente. Por ejemplo, las políticas así llamadas de “discriminación positiva” a favor de la mujer o de los más pobres, se construyen a partir de la aceptación del sesgo machista o clasista que caracteriza a nuestra sociedad chilena, y buscan contrarrestarlos.

Las políticas se traducen finalmente en la creación de modalidades de apoyo que permiten el desarrollo y la participación de todos, y que aumentan la capacidad de la sociedad de dar respuesta a toda la diversidad de personas. Estas modalidades de apoyo se agrupan en un marco único y se conciben primariamente desde la perspectiva del desarrollo de las personas, y no desde la perspectiva de las instituciones o estructuras administrativas. Ejemplos de esto son las políticas públicas en educación, salud, vivienda, protección social, migraciones, por mencionar algunas, las que pueden ser más o menos inclusivas desde el punto de vista de género, clases sociales, acceso a la información, posibilidades de participación, garantías sobre los derechos, entre otros aspectos. Otros asuntos relacionados con esto son, por ejemplo, la selección de indicadores de éxito, el uso que se hace de las estadísticas, el tipo de reglamentos que se promulgan, las formas de ejercer la autoridad compartida.

Finalmente, es en el nivel de las *prácticas* donde se juega cotidianamente este enfoque hacia una mayor integración, hacia una sociedad más inclusiva. Esto tiene que ver con asegurar que todos puedan ser escuchados, que todos puedan participar y que se tenga en cuenta el aporte de las personas, su experiencia y su contexto, buscando movilizar los recursos en esta dirección.

Ejemplos de esto son la utilización de distintas formas de comunicación, la diversidad de ofertas de actividades, la reducción de la burocracia para garantizar el acceso, los horarios de atención de los servicios, los procedimientos para recoger el aporte de todos, el tipo de comunicaciones que emanan “desde el centro” o desde la autoridad.

Se puede fallar en cualquiera de estos niveles, y sobre todo en la coherencia entre ellos. Discursos muy inclusivos, si no van acompañados de políticas y prácticas, son estériles. Por otra parte, son las prácticas las que nos muestran la cultura predominante. De hecho, algunas prácticas inclusivas bien ideadas y diseñadas, pueden morir en manos de burócratas que no han desarrollado una cultura de inclusión, que implica una actitud de facilitación, acogida y diálogo, y no meramente una práctica determinada. La vida escolar abunda en ejemplos, y ofrezco ahora algunos:

- En una escuela deliberadamente gratuita para posibilitar el acceso de todos (política), predomina una cultura y unas prácticas no igualmente inclusivas: uniformes especiales, cuotas pedidas en reuniones de apoderados, lecturas solicitadas de libros no disponibles, y otras. Aquí hace falta una política de eliminación de causas encubiertas de exclusión, o prácticas excluyentes, en diálogo con toda la comunidad.
- Un director reprende a un estudiante que falta mucho clases y, tratando de ayudarlo (orientación positiva) le dice: “si faltas de nuevo vas a repetir el curso por inasistencias” (enfoque normativo). Una semana después, el alumno debe quedarse cuidando a su hermanita menor (vulnerabilidad) y falta a clases. Él decide que como “ya repitió” (cultura fatalista e interpretación literal de lo que le dijo el director), mejor no va más a la escuela... y deserta. Aquí hace falta una política de ir al encuentro del más vulnerable, de irlo a buscar, con un lenguaje y una actitud que no lo margine más, aun sin quererlo.
- Un letrado a la entrada de una escuela dice: “Prohibido el ingreso de los apoderados en horarios de clase”. Se trata de una norma prohibitiva, formulada “desde el centro”, que trata de poner orden en un grupo acostumbrado probablemente a lo espontáneo. El mismo letrado podría redactarse así: “Si usted necesita entrar al colegio, por favor informe al portero y será ayudada en lo que necesita”. Se trata de una orientación normativa, escrita desde las necesidades de la persona que acude, y que igualmente busca regular y organizar los flujos.

VECTORES, AMBITOS Y FACTORES DE INCLUSION - EXCLUSION

El fenómeno de la exclusión es complejo, porque las personas lo viven de diversas formas, y es multi-causal, porque los distintos factores de inclusión o exclusión se relacionan con diversos ámbitos o dimensiones de la vida personal y social, los que a su vez pueden ser comprendidos desde los sistemas sociales, desde el contexto cultural o desde el sujeto. A menudo hay interacción y mutuo refuerzo entre todos estos aspectos. Así por ejemplo, una personalidad lábil o con tendencias depresivas (sujeto) es más proclive al desempleo (sistema laboral), pero éste a su vez potencia los rasgos depresivos, que suelen ser simplemente interpretados como “flojera” (vuelve al sujeto), y produce mayor pobreza (sistema económico). Esta pobreza influye en desplazamientos forzados de área residencial, llegándose frecuentemente a vivir como allegados (vivienda), lo que termina por deteriorar las redes de apoyo: cambio de escuela de los hijos, cambio de consultorio, cambio de municipalidad (relaciones), y por dañar las relaciones afectivas primarias (familia). Es dramático ver como se trata de un fenómeno que tiende a profundizarse, y que requiere de grandes esfuerzos de la sociedad para revertirlo. El que entra en la dinámica de la exclusión necesita de estructuras de apoyo más finas, más

caras, más eficientes y deliberadas. En este sentido, no hay nada más duro que “la ley pareja”. Desde este enfoque, parece claro que hay que dar más al que puede menos, hay que invertir más (no sólo dinero) en el que está más expuesto a la marginación. Y algo todavía más difícil, hay que querer más al equivocado, al marginal.

Es cierto también que en situaciones adversas pueden crecer personalidades sanas y fuertes, supuesto que se den algunas cosas que hoy conocemos como “factores protectores” o “factores de resiliencia”. Es deber de la sociedad, a través de sus instituciones y de sus políticas públicas, el fomentar estos factores. Por lo tanto, hasta la ubicación de las áreas verdes tiene que ver con este deseado movimiento hacia una mayor inclusión e integración social.

El siguiente cuadro muestra esta complejidad y multicausalidad, y permite un amplio diálogo y reflexión sobre el tema³.

ÁMBITO: Factores de Inclusión Factores de Exclusión Laboral

- Empleo fijo o estable
- Buenas condiciones de empleabilidad
- Experiencia Laboral
- Paro o cesantía
- Subempleo
- Temporalidad laboral
- Precariedad laboral
- Carencia de seguridad social Económico
- Ingresos suficientes
- Ingresos regulares
- Fuentes alternativas de ingresos
- Vivienda en condiciones
- Ingresos insuficientes
- Ingresos irregulares
- Carencia de ingresos
- Endeudamiento
- Infravivienda
- Sin vivienda

S I S T E M A: Dinamismos Estructurales

- Estabilidad económica
- Crecimiento económico
- Creación de empleo
- Políticas sociales
- Protección social
- Redistribución de recursos
- Papel activo del Estado en materia social
- Crisis de empleo

³ El cuadro lo adapto del aporte de la Dra Arantxa Rodríguez Berrio, de la Universidad de Deusto, en su artículo “El diagnóstico de Exclusión: una herramienta para la inclusión”. El mismo enfoque se encuentra más desarrollado en el documento del Departamento de Acción Social de Cáritas Vitoria, julio 2004.

- Crisis económica
- Recesión Económica
- Políticas neoliberales agresivas
- Desregulación y desprotección estatal
- Desestatalización
- Crisis fiscal del Estado Cultural
- Integración cultural
- Perfiles culturales aceptados
- Buen nivel de instrucción
- Calificación demandada
- Pertenencia a minorías étnicas
- Barreras idiomáticas
- Pertenencia a grupos de rechazo
- Analfabetismo
- Baja instrucción
- Estigmatización o etiquetaje

C O N T E X T O: Relacional

- Apoyo familiar
- Fuerte red social
- Residencia en zonas de expansión
- Integración territorial
- Carencia de vínculos familiares
- Carencia de redes sociales de apoyo
- Entorno degradado
- Aislamiento geográfico Personal
- Capacidad e iniciativa personal
- Cualidades personales valoradas socialmente
- Buena Salud
- Edad
- Sexo
- Handicaps físicos o psíquicos
- Enfermedades
- Drogodependencias

S U J E T O: Dinamismos vitales

- Confianza
- Autoestima
- Seguridad
- Voluntad de realización
- Fuertes motivaciones
- Optimismo
- Iniciativa
- Fragilidad en la confianza, identidad y autoestima: miedo, incertidumbres, inseguridad, desánimo, impotencia, desmotivación.
- Fatalismo, falta de perspectivas, alto grado de frustración: enfrentamiento, violencia, pasividad.

A partir de este esquema pueden realizarse acciones tales como mejorar los análisis y diagnósticos que a menudo hacemos, orientar las políticas públicas o las institucionales, establecer conexiones y redes de trabajo más creativas, diseñar planes de mejoramiento personal o educacional, entre otras.

UN MOVIMIENTO POSITIVO QUE TRAE TENSIONES

El fenómeno de la inclusión–exclusión hay que verlo en el marco de las tendencias positivas de la sociedad en que vivimos, y en este marco positivo podremos discernir con mayor fruto cómo enfrentar las dificultades, que son muchas. En efecto, vivimos hoy –al menos como tendencia una sociedad más democrática y participativa, con una mayor conciencia de los derechos humanos, con un acceso creciente de las grandes mayorías a la educación, a la opinión y al empleo; con una mejor capacidad de asumir la enfermedad, con una mayor sensibilidad y respeto hacia la diversidad. En todas estas expresiones se percibe un movimiento hacia la inclusión.

Naturalmente, este movimiento choca con estructuras y mentalidades que responden a otro modelo de sociedad, más autoritaria y piramidal, con grandes privilegios que concentran en algunos el acceso a los bienes, a la educación y a la salud de calidad, o a la participación social.

La inclusión despierta expectativas en la gente común y corriente, en los pobres, los minusválidos, las mujeres, los cesantes, y en minorías de todo tipo, y genera conciencia en ellos de sus propios derechos. Entonces, en algún sentido estas expectativas se tornan amenazantes para las viejas estructuras, las que tienden a mantenerse generando *ghettos*, ambientes exclusivos (de difícil acceso, muy selectivos) y excluyentes (de fácil descompromiso con las personas), sistemas pagados muy caros que suelen provocar desinterés y hasta abandono de lo público por parte de las capas más pudientes, incluyendo los profesionales. Estas son manifestaciones de un movimiento hacia la exclusión, que está siempre presente en nuestra sociedad y en nuestras instituciones. Es cierto que podrían destacarse también muchos valores y servicios a la sociedad que provienen de esos modelos y de esas instituciones más selectivas, pero da la impresión que el movimiento predominante, de mayor impacto y de signo más humano y más cristiano es hoy el movimiento hacia la integración, hacia una mayor mixtura, una visión cooperativa y solidaria respecto de las metas a alcanzar como país, con una actitud menos competitiva, menos individual o segregada respecto de los problemas.

El tema de la participación es importante también en esta perspectiva. Hay que buscar diversas y fecundas formas de participación de muchos, no de unos pocos, en la sociedad, en las instituciones, en la Iglesia. Ante la crisis de credibilidad y ante el cansancio frente a la política convencional, han surgido otras formas de participación que son de signo incluyente. La sociedad civil y sus diversas formas nuevas de asociación y participación, de control y defensa ciudadana, es un ejemplo en esta línea. Surgen nuevas formas organizacionales, nuevos estilos de liderazgo y de autoridad. Por cierto, esto conlleva una dosis de inestabilidad, riesgo y hasta inseguridad. Pero, parece ser que la marginación o exclusión, la falta de participación, la “ningunización”, generan todavía más violencia e inseguridad.

INSINUACIONES PARA PROFUNDIZAR DESDE EL EVANGELIO

El fenómeno descrito nos mueve a una interpretación teológica, pero esta tarea requiere de otra ponencia. No obstante, me permito insinuar algunas pistas. Antes he afirmado que mirar el mundo desde el fenómeno de la inclusión–exclusión no puede llevarnos sino a progresar, y que en el Evangelio hay una virtud incluyente e integradora que puede ayudarnos a comprender y a actuar en la línea del Reino. Estamos entonces ante uno de esos “signos de los tiempos” que nos interpelan y movilizan en nuestra vida cristiana, que provocan nuestra libertad y nuestra inteligencia, y que nos hacen crecer hacia una verdadera fraternidad.

Al leer y al orar con el evangelio uno se encuentra con los mismos problemas y dinámicas que enfrentamos a diario en nuestra vida social. A ratos, el evangelio se nos hace exigente y en algún sentido excluyente: *la puerta angosta, el traje inadecuado para el banquete, las exigencias del Reino, muchos los llamados y pocos los elegidos, a ustedes no los conozco*, y otros pasajes. A ratos, se nos hace incluyente y “abrazador”: *la red que recoge todo tipo de peces, el ir a buscar la oveja perdida, el abrazo del padre bueno al hijo pródigo, la multiplicación de los panes para que todos puedan comer, el ladrón acogido en el Reino*. La contemplación de Jesús nos ayuda a enfrentar estos movimientos en tensión. El no lo hace “desde el centro”, sino que se sitúa marginalmente, dialoga y convive con los marginales y asume la suerte de los excluidos, desde el pesebre hasta la cruz. Desde allí anuncia el Reino, que no es lo que tenemos ahora, no es la Iglesia ni lo mejor de nuestra sociedad. Es algo que reclama violencia, que agita el corazón y nos mueve.

La exclusión es negación de la fraternidad. Sólo es concebible como resultado negativo de la libertad dañada, del pecado en definitiva. Sabemos por otra parte que el pecado no es un hecho meramente individual, que existe también el pecado social y que nuestra cultura está teñida de pecado histórico y actual, del que somos todos responsables. Por lo tanto, hemos de examinarnos personalmente y como sociedad desde esta perspectiva, y tender antes a la compasión que al juicio duro. Nunca deberemos ver en la exclusión de algunos un proyecto social o una manifestación de la voluntad de Dios, que es Padre de todos y hace salir el sol sobre buenos y malos.

Una ayuda segura será la contemplación de Jesús en sus relaciones con los pobres, los enfermos, los poseídos por el mal, los que claman desde la orilla del camino o desde el borde de la piscina, los leprosos, los no judíos, los infractores o trasgresores, por mencionar algunos. Ayudará también contemplarlo en sus diálogos con los ricos, con las autoridades, con los sabios y maestros. Otra ayuda segura será una meditación permanente sobre sus enseñanzas acerca del Reino, en sus múltiples parábolas, en el sermón del monte, en su oración sacerdotal, etc.

La cruz, el crucificado, el excluido que asume a todos los excluidos. La Pascua, la transformación, la manifestación definitiva del amor del Padre por todos. Quizás sea esta la escena que se nos presenta con mayor frecuencia, y que ignoramos con mayor frecuencia. Y es definitiva y completamente inclusiva.

ANEXO 1

"El icono dañado"

Meditación del monje ortodoxo Anthony Bloom

Es imposible aportar nada a nadie sin buscar y ver en cada cual todo lo bonito que tiene, porque identificando lo malo, lo feo, lo torcido no se ayuda a nadie. Cristo miró a todos los que conoció, tanto a la prostituta como al ladrón, advirtiéndole la belleza escondida en cada uno de ellos. Tal vez fuera belleza torcida o dañada, pero era belleza por donde se mirara, y lo que Él hizo fue llamarla a voces. Esto es lo que nos corresponde hacer con los demás. Pero, para ello, primero debemos ser puros de corazón, de intenciones y mostramos abiertos - cualidades que a menudo echamos en falta- para poder escuchar, mirar y ver tanta belleza encubierta.

Cada cual está hecho a semejanza de Dios, y cada cual se parece a un icono dañado. Pero si se nos diera un icono dañado por el tiempo y los acontecimientos, o profanado por el odio de los hombres, lo trataríamos con el corazón quebrado, con ternura y reverencia. No prestaríamos atención al hecho de que esté dañado, sino a la tragedia de que lo esté. Daríamos importancia a lo que perdura de belleza, y no a lo que está destruido. Y así es como debemos actuar con los demás.

ANEXO 2

Imitar la paciencia del Señor

San Agustín (354-430), obispo de Hipona y doctor de la Iglesia

Sobre la fe y las obras, cp. 3-5

Nuestro Señor ha sido un modelo incomparable de paciencia: ha soportado hasta su pasión a un «demonio» entre sus discípulos (Jn 6, 70). Ha dicho: «Dejadlos crecer juntos hasta la siega, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también el trigo» (Mt 13, 29). Para ser una figura de la Iglesia ha predicho que la red arrastraría hasta la orilla, es decir, hasta el fin del mundo, toda clase de peces, buenos y malos. Ha hecho conocer de muchas otras maneras, ya sea hablando abiertamente, ya sea en parábolas, que los buenos y los malos se mezclarían. Y, sin embargo, es necesario vigilar sobre la disciplina de la Iglesia, cuando dice: «Estad atentos; si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano» (Mt 18,15)..

Pero hoy en día vemos que hay hombres que sólo toman en consideración los preceptos rigurosos, que mandan reprimir a los perturbadores, de «no dar lo santo a los perros» (Mt 7, 6), de tratar como publicano a aquel que menosprecia a la Iglesia (Mt 18,17), de arrancar del cuerpo a los miembros escandalosos (Mt 5,30). Su celo intempestivo, desorienta a la Iglesia, de manera que quisieran arrancar la cizaña antes de tiempo, y su ceguera les convierte a ellos mismos en enemigos de la unidad de Jesucristo...

Vigilemos de no dejar entrar en nuestro corazón esos presuntuosos pensamientos, de querer apartarnos de los pecadores para no ensuciarnos con su contacto, de querer

formar como un rebaño de discípulos puros y santos; bajo el pretexto de no juntarnos con los malos, no haríamos otra cosa que romper la unidad. Sino bien al contrario, acordémonos de las parábolas de la Escritura, de sus inspiradas palabras, de sus impresionantes ejemplos, en los cuales se nos enseña que, en la Iglesia, los malos estarán siempre mezclados con los buenos hasta el fin del mundo y el día del juicio, sin que su participación en los sacramentos sea dañina para los buenos, dado que éstos no habrán tenido parte en sus pecados.